

Sobre todo, y además de otras muchas cosas, Grande Covián fue un gran hombre risueño. Un científico. Un hombre que desgranaba simpatía y que tenía esa difícil facultad de hacer que se le entendiera a la perfección. Fue, sin duda, uno de los grandes divulgadores de la ciencia. La nutrición le debe mucho, porque tenía las ideas tan claras que no sólo divulgaba la realidad, sino que trataba de destruir los muchos mitos que circularon, circulan y posiblemente circularán, acerca de todas las dietas. Con la sonrisa abierta de siempre, con la viveza de sus ojos y con la certeza de sus palabras podía desmitificar cualquier creencia sobre nutrición; sobre todo cuando, como es frecuente, tenía más de ideología que de ciencia. Tenía a su favor una inmensa cultura, una memoria prodigiosa, muchos años de estudio y la expresión fácil.

Era de esos hombres a los que uno tiene la sensación de conocer “desde siempre”, de toda la vida, como si cada vez que te lo encontraras fuera un reencuentro amistoso. Se seguía riendo como si fuera americano y sus ojos eran como unas chispas oscuras que se rieran a lo español. Pero de forma continuada. Al profesor Grande Covián se le reían los ojos solos, como pidiendo perdón por saborear la música, por saber música, por amar la literatura, y la filosofía de la ciencia, y la bioquímica, y la universidad, y el mundo, y la vida... Profundo vitalista, que además conocía esa intimidad que se nos mueve ahí en las células, podía hacer el retrato de cada uno de nosotros en cuanto tuviera un lápiz en la mano. Eso sí, te lo decía en términos de carbono y de hidrógeno, pintando anillos hexagonales de haches y de ces... Luego, quizá, algún retoque con las letras casi mágicas del ADN y entre enlaces y enlaces acabará dibujando en una cuartilla blanca eso tan intangible y tan hermoso que es la vida.... aunque reducida a fórmula de hidrógenos y de carbonos.

Eso sí, la conversación con él era de tal amenidad, tan salpicada de cultura, de gracia, de humor y de sabiduría, que se convertía en una lectura para saborear despacio.

Y es que no solo era un científico. Desde su amistad con Zubiri, o desde sus primeros años en Colunga, Grande Covián ha sido consciente de que el hombre tiene unos brazos para abrirlos y apresar con ellos, en un simbólico abrazo, todo lo que es vida. La ciencia no podía bastarle. Estudió e investigó, pero quiso saber alemán no solo para la ciencia, sino para leer a Goethe; y mientras escuchaba a Brahms, aprendía danés para dirigirse al profesor con quien iba a trabajar. Lector infatigable, y con una memoria para recordarlo casi todo, quiso adentrarse en la filosofía de la ciencia, mientras en su cabeza retenía un auténtico archivo musical. Y sin perder la perspectiva científica, que le hizo gozar de un prestigio internacional de primera magnitud.

Quizá no se hablaría hoy del colesterol si no fuera por los trabajos de Paco Grande. Y quizá nadie en el mundo se haya dedicado con tanta profundidad al estudio del metabolismo. Y al metabolismo de las grasas.

Hay una anécdota que debe conocerse. Cuando las autoridades sanitarias españolas convocaron una reunión internacional de alto nivel para estudiar el problema de la intoxicación con el aceite de colza desnaturalizado, llamaron a expertos de todo el mundo. Con una aureola especial llegaba desde Estados Unidos el dr. Robert Gordon. Y al ver al plantel de científicos convocados sólo hizo una pregunta:

-¿Y dónde está el profesor Grande?

La primera autoridad en el metabolismo de las grasas no había sido convocada.

Tenía una humanidad desbordante. Y además de la ciencia adquirida, gozaba de esa otra ciencia infusa de la cordialidad. Si se le añade el sentido del humor y la amenidad, se podrá comprender que estar con Grande Covián era siempre un ejercicio relajante y gratificador. Y del que siempre se aprendía. Y mucho.

Ramón Sánchez-Ocaña